CAPITULO X

La jornada de Marston Moor puso el Norte de Inglaterra á merced del Parlamento. Mucho más se habría conseguido si el ejército victorioso hubiera estado á las órdenes de un solo hombre de carácter enérgico, ó si los generales que compartían la autoridad se hubieran unido en un plan común; pero tales como estaban las cosas, apenas Newcastle hubo marchado al destierro y Ruperto huído á Lancashire con un puñado de hombres, comenzaron á surgir entre los jefes parlamentarios disensiones que amenazaban perjudicar de un modo irreparable la causa puritana.

La cuestión religiosa era la roca contra la cual se estrellaba todo. Los escoceses se habían escandalizado hacía tiempo al ver que en los ejércitos de sus aliados, particularmente en el de Manchester, había muchos individuos cuyas ideas religiosas eran muy opuestas al presbiterianismo; y que aquellos hombres, buenos combatientes, sobrios y obedientes á la disciplina, eran estimulados en su modo de pensar por el mismo Cromwell, según lo demostraba de una manera concluyente su carta á Crawford. En opinión de los escoceses, esto era violar directamente el convenio, y era preciso que el Parlamento pusiera término á tal situación.

Fairfax y Manchester eran, aunque moderados, presbiterianos, y en una conferencia privada con Lord Leven y sus ministros escoceses se les indujo sin dificultad á firmar una carta, con fecha 18 de julio, dirigida «al Comité de defensa de ambos reinos,» pidiendo al Parlamento que «edificara la Casa de Dios y estableciera el gobierno de la Iglesia en sus principales ideas.»

Esto equivalía á pedir el establecimiento del presbiterianismo como religión oficial del país; y el Dr. Gardiner lo consideró «realmente como una declaración de guerra contra el teniente general Cromwell (1).»

Sin embargo, Cromwell no hizo caso por el pronto de esta significativa indirecta. Preocupado tan sólo con la idea de proseguir vigorosamente la lucha, propuso como primera medida que se pusiera sitio á Newark; pero su parecer fué desechado. Los otros jefes pensaron que lo mejor que se podía hacer era entablar negociaciones de paz con el rey. En vano insistió Cromwell sobre la vital

(1) *La guerra civil*, de Gardiner. Vol. II, pág. 3.

necesidad de obligar más á Su Majestad á aceptar un arreglo con sus «fieles Comunes,» derrotándole completamente en el campo de batalla; su proposición no fué apoyada más que por una escasa minoría. A decir verdad, los generales comenzaban á temerle más que al rey. Era entonces lo que llamaban «la causa» á toda creencia religiosa particular, al mismo Convenio y á toda persona. Manchester, aquel hombre «de carácter dulce;» Leven, el previsor escocés; y hasta Fairfax, como presbiteriano, veían en Cromwell al «favorecedor de los sectarios,» al que sostenía abiertamente que ninguna categoría, riqueza ó posición excusaba la conducta «licenciosa y profana» de un hombre que por ello merecía ser mirado con desconfianza y, en caso necesario, severamente castigado. El hecho de que Cromwell hubiese prestado un gran servicio á la causa sólo sirvió para que

Retrato y sello de Lord Fairfax, sir Thomas

se le creyese más peligroso á los ojos de los demás jefes, que no expresaron francamente sus sentimientos. En cuanto á Cromwell, cuando vió que no se aceptaban sus consejos, expuso amarga y claramente lo que pensaba, y luego se entregó á una sombría desesperación (1) y esperó el curso de los acontecimientos. Sus oficiales participaron de su disgusto, y el descontento mal disimulado comenzó á cundir en el ejército parlamentario. La causa puritana, triunfante en Marston, comenzó muy pronto á decaer de nuevo. En el Norte, la presencia del ejército escocés evitó graves daños; pero en el Sur se efectuaba lenta, aunque continuamente, una insidiosa disgregación de las fuerzas del Parlamento, á causa del cansancio producido por una guerra cuyo fin no se veía, y también por la creciente desconfianza en unos jefes que parecían incapaces de alcanzar una victoria decisiva, aun suponiendo que la desearan. En el mes de agosto se enviaron dos ejércitos contra el rey, uno á las órdenes de Sir William Walter y el otro al mando de Essex. En el primero hubo tantas deserciones, que no fué posible intentar nada con él; el segundo, llevado imprudentemente por su jefe á Cornwall, condado leal al rey y por ende hostil á los parlamentarios, quedó muy pronto

(1) *La guerra civil*, de Gardiner. Vol. II, pag. 36.

sin víveres, y cercado por las tropas de Carlos, debió rendirse á discreción; el mismo Essex escapó á duras penas en un bote, que le condujo á Southampton.

En este dilema, el Parlamento envió órdenes urgentes al ejército de los Condados Orientales para que marchase hacia el Oeste á buscar el desquite. Parece que Cromwell tuvo noticia de esto también particularmente, por conducto de su cuñado el coronel Valentín Walton, á quien contestó desde luego, con ese lenguaje tan mordaz y significativo, que no podía usar sino en una carta dirigida á un amigo de confianza. Esta carta indica bien claramente la tirantez cada vez mayor que se producía entre los jefes del Parlamento por causa de sus disensiones intestinas, y pone de relieve la actitud personal de Cromwell.

«Sleaford, 6 (ó 5) septiembre de 1644 (1).

»Señor: Profundo pesar me causa la triste condición de nuestro ejército en el Oeste y el estado de los asuntos en aquella región. Ciertamente que si tuviéramos alas volaríamos allí. Apenas Lord Manchester me deje libre, no será necesario hostigarme para que me apresure á prestar mis servicios.

»Es preciso dejar á un lado todas las consideraciones para atender en particular á nuestra causa, que es lo más importante. Confío en que el reino podrá ver que tratamos de servirle sin disputas, olvidando nuestras necesidades, que son muy grandes y á las cuales se atiende poco, y deseo referir las muchas calumnias que contra nosotros han lanzado malas lenguas, apelando de ellas ante Dios, el cual oportunamente hará ver que hemos trabajado por su gloria y por el honor y la libertad del Parlamento, en pro del que luchamos unánimes sin atender á nuestros propios intereses.

»A decir verdad, nunca se ve á nuestros soldados tan contentos como cuando tienen que trabajar, y me parece que siempre oiréis decir lo mismo de ellos. El Señor es nuestra fuerza, y en Dios están todas nuestras esperanzas. Rogad por nosotros...

»Hay entre nosotros algunos que tienen demasiada calma; si todos miráramos menos por nuestros propios fines y atendiésemos menos á nuestras comodidades, nuestros asuntos en el ejército irían como sobre ruedas, por la rapidez de su marcha. Porque algunos de nosotros somos enemigos de la rapiña y de otras perversidades, se nos dice que somos «facciosos» y que «tratamos de mantener nuestras opiniones religiosas por la fuerza,» cosa que aborrecemos. Pienso que nunca me explicaría la justicia de esta guerra si no creyese al Parlamento autorizado para mantener sus derechos; y en esta causa me precio de ser hombre honrado y de buen corazón.

»Dispensad, amigo mío, que moleste tanto vuestra atención; rara vez escribo, y me alivia un poco explayar mi pensamiento, á pesar de las calumnias, en el seno de un amigo.»

(1) Carlyle, parte II, carta XXIII, pág. 156.

Mientras Cromwell escribía esta carta, se recibieron del Parlamento varios pliegos urgentes para el conde de Manchester, mandándole que marchara al punto, lo más rápidamente que le fuera posible, para socorrer á Waller, el cual, á causa de haber sido aniquilado el ejército de Essex, temía ver llegar de un momento á otro las tropas triunfantes del rey; y como sus soldados desertaban diariamente, su situación era desesperada. ¡Pobre Valler! Era hombre digno y valeroso, de no escasas disposiciones, pero no servía para mandar soldados. Ningún ejército de los que él organizó sirvió mucho tiempo á sus órdenes, y cuando más tarde se dispuso que se pusiera bajo sus órdenes el mismo regimiento de Cromwell, compuesto de hombres leales y muy sufridos, todos se amotinaron pasivamente y se negaron á marchar á batirse hasta que volviera su verdadero jefe, á quien el Parlamento hubo de enviar más que de prisa á reunirse con sus soldados.

Pero haciendo justicia á Valler, digamos, por lo menos, que él fué el primero en reconocer que el ejército del Parlamento, tal como estaba, se debía reorganizar sobre bases completamente distintas si se quería que en lo futuro respondiese á su objeto y fuera útil. Hasta entonces se había formado por medio de levas locales, pagándose por los diversos condados los reclutas que á cada cual pertenecían; pero este sistema, bastante adecuado por lo que hace á la defensa, era desastroso cuando se necesitaba un ejército considerable á larga distancia de los pueblos ó ciudades en donde tenían los soldados sus hogares. Los hombres excepcionales como Cromwell, con su poderosa influencia podían comunicar entusiasmo á los mejores soldados, reanimando á los más débiles; pero á los jefes ordinarios no les era posible conseguir esto, y debían ir adonde sus hombres quisieran, ó perder la mayor parte de ellos por la deserción.

Este defecto fatal de organización comenzaba á reconocerse ahora por todos los que formaban parte del ejército del Parlamento; pero además había otra cosa peor. «Hay entre nosotros algunos que tienen demasiada calma,» escribió Cromwell á Walton; estas palabras y las siguientes se referían al conde de Manchester, y Walton lo comprendió muy bien. A pesar del mensaje del Parlamento ordenando que se enviasen rápidamente auxilios á Sir William Waller, Manchester encontró siempre excusas para retardar la marcha, tratando el asunto con desdén y mostrándose sordo á todos los argumentos y observaciones de Cromwell y de otros individuos importantes de su consejo de guerra. Cuando al fin llegó con sus fuerzas en auxilio de Waller, hallábase éste en Newbury. Allí el rey, que desde el Oeste marchaba sobre Oxford y Londres, les presentó la batalla, que fué indecisa, aunque se luchó obstinadamente. Parece que los realistas llevaron la peor parte; pero pudieron emprender la retirada aquella noche sin ser molestados. Las discusiones sobre la conducta de Cromwell en Newbury parece que fueron muy acaloradas, pues se le acusó en voz alta de cobardía y de algo peor. La verdad parece ser, según se desprende del examen de muchas pruebas evidentes, que su posición como jefe de caballería en un país muy cortado

por setos y zarzales, que ocultaban numerosos mosqueteros (1), era demasiado desfavorable para poder hacer nada de provecho, y que de su impotencia en aquella ocasión eran responsables más bien los que le habían colocado en aquella posición que él mismo y sus hombres.

Sin embargo, también pudo suceder que no tomara parte en la acción con su acostumbrada energía. Hallábase muy disgustado de toda la campaña, y después de haber tenido la costumbre de mandar independientemente, no podía ser un buen subordinado á las órdenes de un hombre á quien despreciaba, considerándole casi como traidor á la causa. Por otra parte, justo es decir que un testigo digno de crédito (informe de Johnstone al Comité de Ambos Reinos, en 28 de octubre de 1644) aseguró que «había prestado muy buen servicio.» Además, cuando á la mañana siguiente se vió que Carlos había emprendido la retirada, Cromwell y Waller pidieron con insistencia que se les permitiera perseguir al enemigo y trabar una segunda batalla; pero Manchester no consintió en ello, lo cual aumentó el resentimiento de Cromwell y le confirmó más aún en sus sospechas. Entretanto el rey llegó á Oxford sin dificultad, y allí se reunió con él Ruperto al frente de 5.000 hombres. Una semana después, envalentonado por las continuas disputas de los jefes parlamentarios, el rey emprendió casi á la vista de éstos la marcha para llevar auxilios al castillo de Donnington, importante fortaleza situada cerca de Newbury, que Manchester, por efecto de sus vacilaciones y debilidades, no había tomado aún al enemigo. Todo cuanto Manchester hizo, cuando se anunció la aproximación del ejército de Carlos, se redujo á ordenar á Cromwell que le cerrase el paso con su caballería. La contestación del teniente coronel, muy repetida por sus enemigos, que la califican de falta de insubordinación, revela tristemente el estado á que se veía reducido, por la incompetencia de su general, el ejército que en Marston Moor había derrotado á las tropas del príncipe Ruperto.

«Señor, contestó Cromwell, vuestros caballos se hallan tan fatigados, tan rendidos por el exceso de trabajo, que se caerán bajo sus jinetes si se les obliga á salir ahora para desempeñar ese servicio.»

Si esto fuese verdad, y parece que debe de serlo, pues nadie lo ha desmentido, hubo grave falta de previsión y conocimiento por parte del general en jefe.

Las relaciones entre Cromwell y Manchester amenazaban terminar pronto por un rompimiento; mas, por lo pronto, el primero sostuvo su negativa respecto á su salida con la caballería; y mientras el ejército del Parlamento permanecía inactivo, Carlos con 11.000 hombres abasteció de víveres el castillo de Donnington sin la menor dificultad.

Los generales del Parlamento celebraron otro consejo de guerra; y Cromwell, á pesar de comprender lo peligroso que era batirse con tropas cansadas y faltas de recursos, insistió enérgicamente en la necesidad de emprender un ataque inmediato, viendo su opinión apoyada por otros jefes. Al fin Manchester, que estaba

(1) *La guerra civil*, de Gardiner, vol. II, pág. 50.

en un rincón, pronunció aquellas famosas palabras que en concepto de Cromwell equivalían á declararse culpable de tibieza en la defensa de la causa:

«Si derrotamos al rey noventa y nueve veces, dijo, aún será rey y como tal le reconocerá la posteridad; al paso que si él nos bate una vez sola, todos seremos ahorcados y nuestros hijos serán esclavos.»

A estas palabras, que como ya se comprenderá permitían ver claramente cuál era en el fondo el estado de cosas, Cromwell dió una contestación característica.

«Señor conde, dijo, siendo esto así, ¿para qué hemos tomado las armas desde un principio? ¡Inútil es batirse en adelante, y en tal caso, firmemos la paz por vil que sea!»

Cromwell no solamente estaba ciego de ira, sino desesperado. Conocía las dificultades y peligros de la situación de los parlamentarios tan bien como el mismo Manchester, y comprendió claramente que el único remedio era una acción vigorosa. Hallábanse los dos como viajeros en medio de una inundación creciente; aún podían salvarse si avanzaban con valor; pero se perdían si arrostraban el peligro permaneciendo inactivos. Sin embargo, no debemos juzgar á Manchester por el modelo de Cromwell. El conde no era cobarde, ni variable en cuanto á la causa que defendía; pero los ideales de aquellos dos hombres eran distintos, y más distintos eran aún sus caracteres.

El deseo de Manchester, sencillamente explicado por el doctor Gardiner, era este: «Paz y gobierno puritano bajo el rey.» Cromwell quería «la guerra hasta que Carlos estuviese á sus pies.»

Ahora había de verse cuál de estos dos caminos se recomendaba por sí mismo al Parlamento. Nunca había sido tan crítica la situación de éste como en aquella ocasión. Cierto que sus ejércitos se habían batido últimamente tan bien que nada debía temerse por este concepto; pero si continuaba la desorganización en los cuarteles generales, pronto se perdería la fuerza material de los hombres. En muchos de aquéllos, el primer entusiasmo por la libertad, las leyes justas y la religión reformada, se extinguía rápidamente, substituyéndole una marcada apatía.

Armadura de Carlos I

Lo que ahora se necesitaba, si todo el país no quería reconciliarse con Car-

los aceptando cualesquiera condiciones que éste impusiese, era un ejército «regular,» pagado por el Parlamento, con fondos reunidos en todo el país en nombre de aquél, y no dependientes del esfuerzo ó del patriotismo locales, sino proporcionados por todos según los medios de cada cual. Semejante ejército había de estar bajo la inspección directa del Parlamento, el cual debía elegir sus jefes, buscando hombres que considerasen al rey y á sus oficiales como enemigos.

La primera idea de organizar semejante fuerza se debe atribuir á Sir Guillermo Waller; pero el hombre que principalmente lo llevó todo al terreno de la práctica política fué Cromwell. No era costumbre de éste permanecer largo tiempo en un estado de oposición pasiva ó de descontento. Mientras estaba en campaña, no podía hacer cosa alguna sin promover un motín contra Manchester, cosa de que se hubiera guardado muy bien; pero cuando aquélla terminó, y Carlos se hubo retirado á sus cuarteles de invierno en Oxford, Cromwell, aliviado de sus deberes militares, llegó á ser, no sólo individuo del Parlamento, sino también del «Comité para la defensa de ambos reinos,» que fué, por lo menos de nombre, responsable de la dirección de la guerra. Entonces comenzaron á convertirse en palabras y en actos las ideas que poco á poco habíanse ido depositando en su cerebro y que permanecían en éste como dormidas. Después de vacilar largo tiempo y de pensar mucho, habló al fin, expresando su pensamiento con la claridad y la firmeza que acostumbraba.

CAPITULO XI

La conducta de Cromwell en la Cámara de los Comunes después de la campaña de 1644 demostró que creía llegado el momento de tomar una parte activa en la causa para conducirla á buen fin. Si se exceptúan los ataques que dirigió contra lord Willougbhy, en el mes de enero, vemos que hasta el memorable día del 25 de noviembre, en el que se levantó de su asiento para dirigir un cargo al conde de Manchester, había intervenido muy poco personalmente en los debates de la Cámara; y á decir verdad, raras veces asistió á ellos. Su reputación allí y en todo el país era debida principalmente á sus hechos militares en el condado de Lincoln, y sobre todo al servicio que prestó en Marston Moor. Hasta que osó acusar de tibieza y negligencia al conde de Manchester, que era uno de los más influyentes y más queridos nobles del Parlamento, sin duda nadie vió en Cromwell más que un vigoroso soldado dependiente de sus jefes; pero ahora, los que tenían alguna penetración debieron admirar, fuera cual fuese el juicio que ello les mereciera, la energía y suprema audacia de aquel hombre que sin vacilaciones ni excusas citaba ante el tribunal de la nación á una persona que por su posición social y su categoría era tan superior á él. Cierto que en el ejército todos comparaban la indecisión de Manchester y su poco éxito en Newbury y otras partes con la resolución de Cromwell en Marston Moor; pero esto lo hicieron principalmente los oficiales de graduación inferior, mientras que en el ejército escocés, con ciertas excepciones, de las cuales la más notable era David Leslie, era odiado y más temido que ningún otro puritano inglés aquel á quien llamaban «jefe de sectarios.» La posición de Cromwell, por lo tanto, á pesar de sus buenos servicios, no era muy firme en el Parlamento, y la acusación contra Manchester fué inoportuna para sus propios intereses.

Sin embargo, para los que estudien cuidadosamente la carrera de Cromwell, esto no tendrá nada de sorprendente.

No nos cansaremos de repetir que la opinión tan generalizada respecto á la profunda presciencia de Cromwell sobre los acontecimientos futuros es errónea. Para ser un hombre de tan reconocido genio, no preveía mucho lo que pudiera suceder; si se trataba de una crisis, demostraba tener mucha penetración; rara